

Año V. Barcelona 29 de Mayo de 1891. Núm. 20.



LA Semana Comica

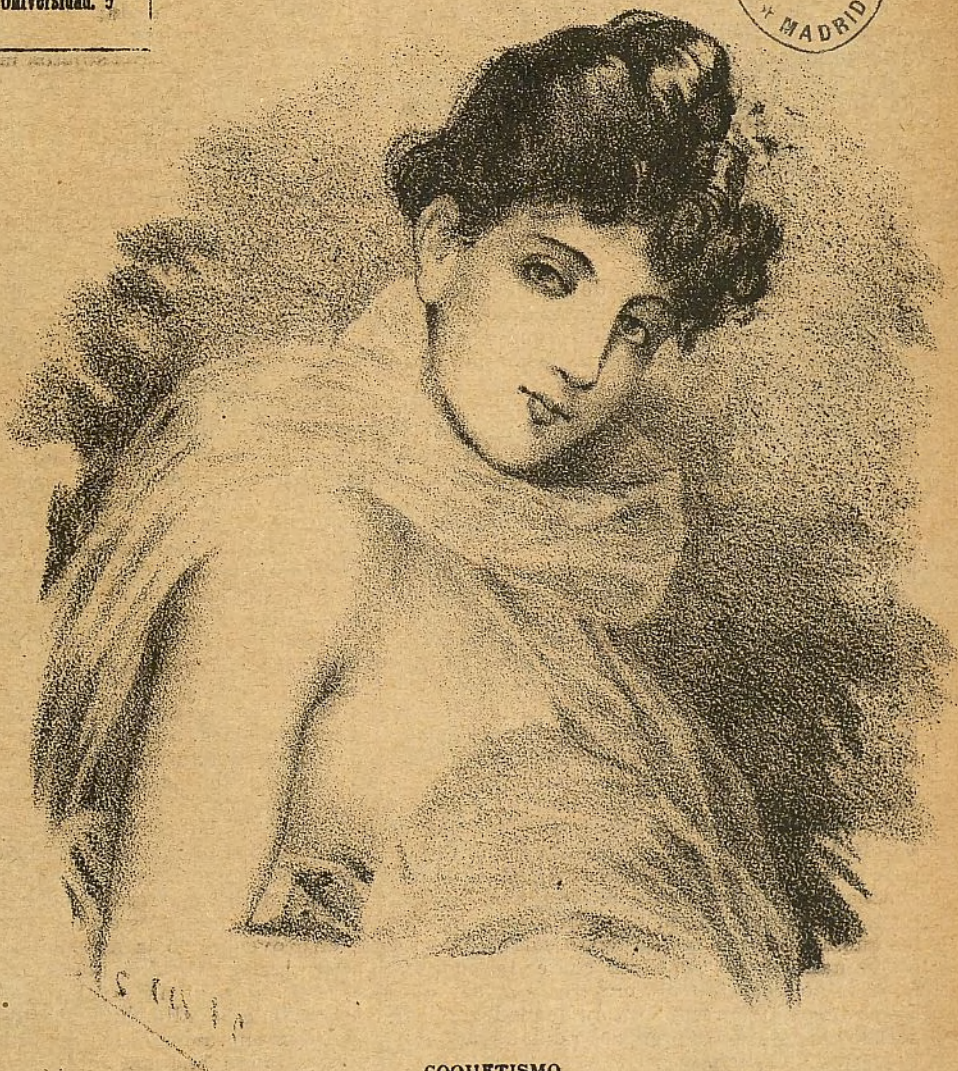
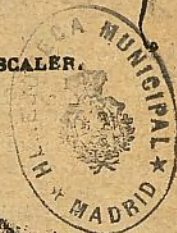
DIRECTOR: J. FERNANDEZ DELA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:
Plaza de la Universidad, 5

Miraflores Union, 17.

GALERÍA ARTÍSTICA POR ESCALER.



COQUETISMO
(Cuadro de P. Tillier)



Con las pestes que ahora se oyen acerca del proyecto de emisión, de la moneda fiduciaria y de los billetes al portador, milagro será que el Banco de España no se deshaga en mil pedazos y haya que buscar por ahí dos ó tres personas que lo levanten y fortifiquen.

¡Y será cosa del otro jueves dar contres piés para un Banco como ese!

Por algo dice el refrán: «La casa compuesta, la muerte á la vuelta.»

Ahora que «el primero de nuestros establecimientos de crédito» había levantado en Madrid un palacio que parece mirar por encima del hombro á sus vecinos los de Buenavista y de Murga, al Museo y al Obelisco del Dos de Mayo, es cuando la vida de la famosa Sociedad se vé en grave aprieto, y Dios quiera que la próxima emisión, arrojada del mercado y despreciada por el comercio, no sirva para poner papeles de arriendo en las ventanas y balcones del suntuoso y flamante edificio de la calle de Alcalá.

Las fuentes de Neptuno y de Cibeles, que parecen ahora dos centinelas avanzados del Banco, son símbolos que darían en qué pensar á más de un consejero que se asomase á las ventanas que dan al Prado.

Neptuno, desnudo como un contribuyente, guiando dos *caballos blancos*; que bien pudieran representar al país por partida doble (creo que seguirá el Banco este sistema de contabilidad), llevando en la mano un tenedor de hierro que parece burlarse de los *tenedores de papel*... diríase que, como Dios de las aguas, ha llegado á presidir la emisión de esos billetes, que van á resultar, según se dice, papeles mojados.

Al otro lado, Cibeles, la esposa de Saturno, la madre de los dioses, sentada en su carro, que arrastran dos leones como los que se ven en las monedas de cinco céntimos. Parece aquello la apoteosis del perro chico, (también por partida doble) del perro chico que, pequeño y todo, desafia al orgulloso y presumido billete de Banco.

No sé si el Consejo de Administración habrá aprobado ya el modelo de los nuevos billetes; pero si no lo ha hecho, sería de desear que pusiera en ellos, no el busto de Quevedo, Velazquez, Cervantes, Goya, ú otros personajes de los que hasta aquí se han visto correr de mano en mano, como su fama corre de boca en boca, sino retratos de mujeres guapas; que éste y otros atractivos habrán de menester los futuros billetes para que sean del agrado del respetable público.

Piense en ello el Consejo del Banco y escriba

sin perder momento á la Junta organizadora del Certámen de belleza que vamos á celebrar aquí, para que se añada al programa del concurso el artículo siguiente:

«Las agraciadas (¡y tan agraciadas!) con los premios primero, segundo y tercero, serán fotografiadas, zincografiadas y cromo-litografiadas en los billetes que va á emitir el Banco.

Las que obtengan *accesit* podrán figurar en las reservas metálicas, ó bien en la cartera de valores realizables á corto plazo».

Hay quien dice que el asunto del Banco traerá cola.

Y ya se sabe lo que significa la cola del Banco para el crédito del establecimiento.

Las personas impresionables, que ven á la prensa diaria poner á los billetes como hoja de dómene y como chupa de peregril (el entusiasmo anti-fiduciario me trae confundido) miran un billete de 100 pesetas después de leer cualquier periódico de oposición, y exclaman, como el personaje de Pereda:

—¡*Taday, probeza!*

Y, en cambio, otros sujetos más cachazudos ó más conservadores, ponen este comentario á la campaña hancófoba:

—No hagamos caso de los periódicos; es la cuestión social aplicada al papel; la eterna lucha del pobre contra el rico: la hoja de papel que vale cinco céntimos, contra el trozo de papel que vale cincuenta pesetas.

Con fundamento ó sin él, anda alarmada la opinión pública y hablarnos ahora de billetes de Banco es como hablarnos de nuestro peor enemigo.

Día llegará en que algún mendigo humilde y necesitado hasta no poder más, nos pida una limosna de este modo:

—Señorito, una limosnita por Dios; aunque sólo sea un billete de Banco....

Y al escuchar la súplica, no podremos menos de exclamar conmovidos:

—¡Infeliz! ¡Qué miseria debe de pasar para pedir una cosa como esa!

Afirman los pesimistas que la operación proyectada traerá á nuestra Hacienda al estado deplorable por que atraviesa el tesoro de la República Argentina.

Pero, cuando menos, en esta república hay algo, el nombre siquiera, que suena á metálico, á plata pura.

Mientras que aquí, huido el oro y próxima á huir la plata, nos espera un porvenir lleno de billetes y una vida repleta de calderilla.

Si esto no es echar la vida á perros, venga y dígalos Dios.

Tras la emisión hecha con tan malos auspicios, vendrá la cola de portadores de billetes á las puertas del Banco, el descuento, el curso forzoso y la depreciación consiguiente.

Entonces leeremos en los periódicos:

«Aprovechando la ausencia de los dueños, ayer tarde se verificó un robo, por fortuna de escasa importancia, en el piso tercero del número 20 de la calle de Escudillers. Los rateros se llevaron varios fajos de billetes de Banco que estaban encima del fogón. Afortunadamente, no pudieron forzar el cajón de una có-

moda, en donde guardaban los inquilinos varios paquetes de calderilla.»

Otros sueltos del porvenir:

«Ha muerto en la mayor pobreza el antiguo escritor D. Fulano de Tal, cuyas obras aplaudió tanto la generación pasada. En la humilde morada del difunto ¡pasma decirlo! únicamente se han encontrado varios billetes de mil pesetas.»

«Es tal la plaga de ratones que se observa en el vecino pueblo de Moncada, que en una bohardilla dieron muerte los vecinos á 200 de

aquellos roedores. Los animalitos deshicieron infinidad de trastos viejos que encerraba el bohardillón é hicieron polvo materialmente algunos objetos de metal. Lo más curioso es que no acercaron sus dientes á algunos mazos de billetes encerrados en una canasta, si bien dejaron en ellos otra clase de señales.»

¡Cuándo podrá ponerse á las puertas de España ese cartelito, tan lisongero entonces para el comercio como lo es ahora para las empresas taurinas:

«No hay billetes!»

Luis ROYO VILLANOVA.

INOCENCIA.

Personajes: Tomasa, guapa chiquilla, dieciséis primaveras, talle de palma, y unos ojos muy grandes, en los que brilla la pureza que existe dentro del alma. El padre Juan, un cura sexagenario, aunque fuerte y robusto como un atleta; sus únicos amigos son el brevario, un perro, dos perdices y una escopeta. La iglesia silenciosa, triste y sombría; con los ojos cerrados el señor cura y la niña á sus plantas pálida y fría, diciendo, mientras llora con amargura: —Padre, tengo un pecado tan horroroso, que amarga los instantes de mi existencia, un pecado que pesa como un coloso, y que es dueño y tirano de mi conciencia. —Dílo pronto, hija mía, que ya te escucho. —Me da vergüenza, padre. —No tengas miedo: dímelo. —Estoy temblando.

—¿Te asusta? —Mucho. —Tranquilízate y habla. —¡Padre, no puedo! —¿Es de amores? De amores. —Me lo temía. Te dió una cita Lucas, y tú, imprudente, acudiste gozosa, y al otro día.... —No, padre: lo contrario precisamente. —Explicáte, muchacha: ¿qué ha sucedido? —Pues la verdad es esta monda y lironda: Lucas, que es el muchacho más atrevido que hay en catorce leguas á la redonda, con ese pico de oro que Dios le ha dado, y esa charla que tiene tan zalamera, al pasar, hace días, junto á mi lado, me detuvo diciendo de esta manera: —Una pena tan honda tengo en el pecho, que ha de acabar conmigo poquito á poco, para martirizarme, dí, ¿qué te he hecho? ¿es que quieres, ingrata, volverme loco? Yo me puse lo mismo que una amapola,

y me quedé callada como una muerta; y él, envalentonado por verme sola, me dió un beso en la frente, que estaba yerta y me dijo muy quedo: —Mira, Tomasa, necesito cuanto antes hablar contigo: á las dos de la noche vendré á tu casa; para que no me sientan abré el postigo. Yo me negué enseguida resueltamente y me marché corriendo por un sembrado, mientras él me gritaba: —Pues ten presente que antes de quince días me he suicidado. Esta es, padre, mi pena: ¡si se suicida yo he tenido la culpa por ser ingrata! —¿Y eso es lo que te tiene tan afligida? Pues recobra el sosiego, que no se mata. —Lo prometió llorando. —Pues ni por esas. —Ese es capaz de hacerlo. —Nadie, ni ese; si cumplieran los hombres tales promesas, ¡no encuentras á estas horas quien te confíase!

FERNANDO MANZANO.

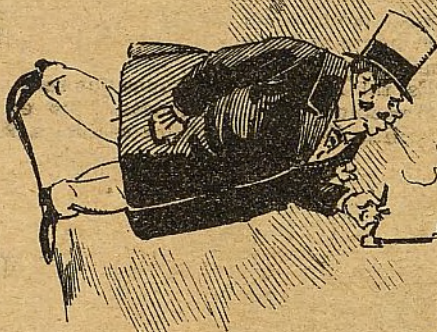
MISCELANEAS

I.
—¿Das hoy un banquete?
—Sí.
—Lo supe en el Ministerio.

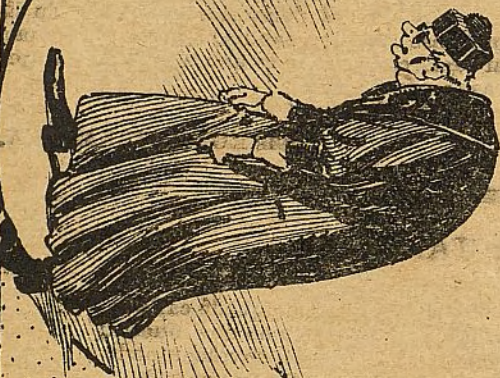
—¡Si de ello no hago misterio! Como hace un mes ascendí, el suceso celebrando, cuatro amigos convidé.

No te vayas; quedate; aún los estoy esperando. Una juerga siempre alegra el ánimo.

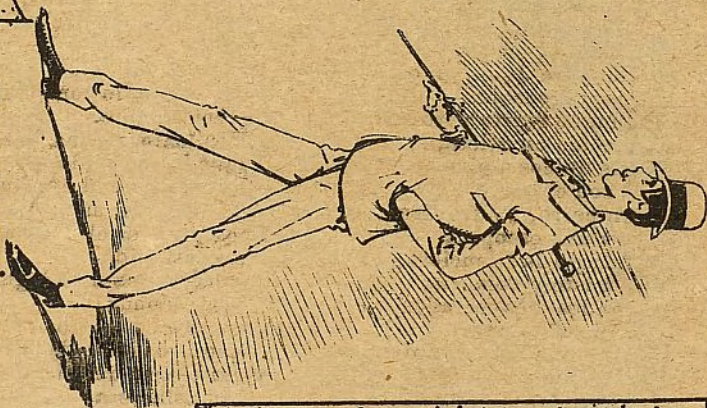
EPÍJETOS DE GACETILLA, POR CILIA



El muy alto y poderoso señor Conde de...



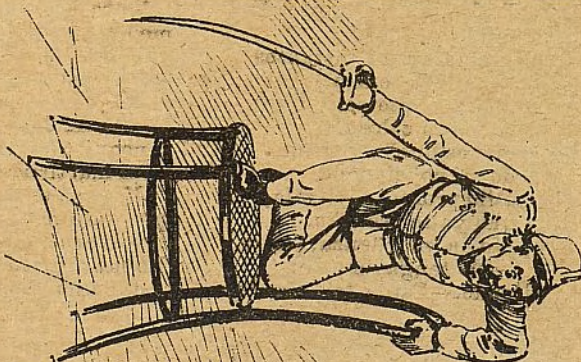
El vete magistrado Don Perengano.



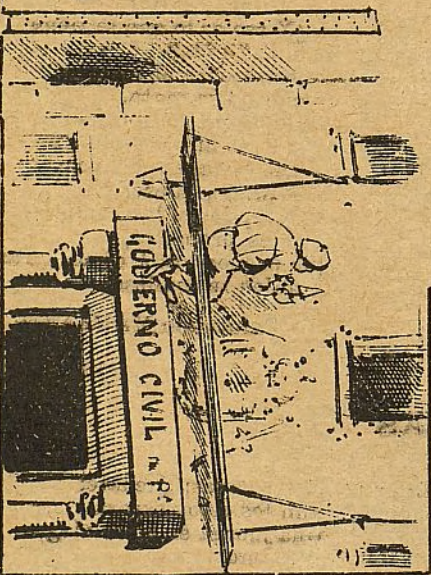
El conocido bajo Dón...



El virtuoso presbítero D. Zulano.



El denodado militar D. Fulano.



Un alto empleado del Gobierno Civil.

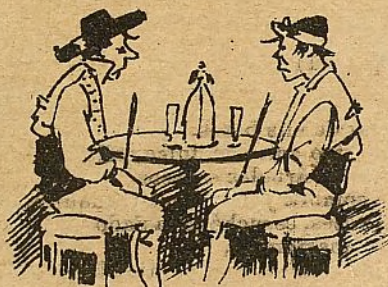
EL SIFÓN, POR MECACHIS.



—¿Que qué vamos á tomar? *Pus...* aquello que toman los de aquella mesa.



—¿Sabes que debe ser bueno esto?



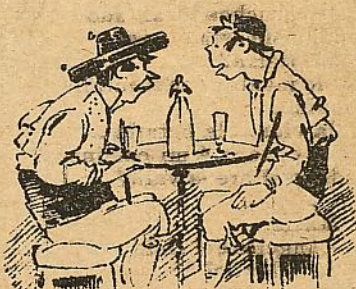
—Oye, tu: ¿cómo se *desatopa*?



—¡Cae ello solo!... ¡Echa!



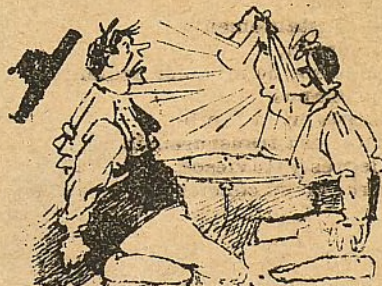
—¡Otra! ¡*Pus* no cae nada!



—¿Sabes qué te digo, *chiquito*? Que esto debe ser francés.



—*Pus* dentro rebulle.



¡¡¡Al fin!!!

—Dices bien;
pero han dicho que también
esperas hoy á tu suegra.
—Y á esperarla me acomodo
como aquel que espera un palo.
—¿Pero vendrá?
—Siendo malo
siempre hay que esperarlo todo!

II.

—Chico, no te dejas ver
por el café... ¿Dónde vas?..
¿Qué tienes? ¿Qué triste estás!..
—He perdido á mi mujer.
—No sabía... ¿Con qué lloras
á una esposa idolatrada...?
¡Valor!—Me fué arrebatada
¡ay! en poquísimas horas.
—¡Ya! ¿Por una pulmonía?
Abundan mucho, según...
—Arrebatada... ¡por un
capitán de infantería!

III.

—¿Conque el yerno?.. Ya, ya
lo que es eso Nicanora. [sé
¡Lo que el mío me encocora!
—¡Del mío no me hable usted!
¡Es mi tormento mayor!
—De fijo que usted quisiera
que el tunante se muriera
presa de horrible dolor,
y sin calma y sin consuelo
padeciese noche y día...
—No, no tal: ¡me bastaría
con verle subir al cielo!

IV.

De un General bravucón,
que sirvió en caballería
y, según fama, tenía
muy poco de Salomón,
cuentan que en una revista
que acababa de pasar,

queriéndola el hombre dar
de severo ordenancista,
una arenga pronunció,
en tono muy levantado,
en que el deber del soldado
de esta manera explicó:

«Soldados: para poder
ganar acciones honrosas,
sólo hacen falta tres cosas;
tres: ¡Mandar y obedecer!»

Esto que oyó un ayudante,
entre confuso y corrido,
acercándose á su oído
le dijo en el mismo instante:

«Pero, General, por Dios,
debe usted rectificar.
Obedecer y mandar,
nunca han sido más que dos.»

Y á esta observación atenta
le replicó el General:

—¡Hombre, no sea usted animal!
¿Es que la y no se cuenta?»

E. NAVARRO GONZALVO.

LA PARTIDA. (1)

—Vivir es agitarse
(pensé una vez en mi escondida aldea);
quiero probar el ignorado goce
de agitarme en el mundo de la idea,
ese mundo en que vive el que conoce
cuán grande es Dios y para qué nos crea.
Me cansa ya esta vida
sin lucha, sin pasión, llena de calma,
en que se atrofia el alma
de puro descansada y aburrida;
parece que no exista más poblado
que el montón de casuchas levantado
en lo más escondido de esta sierra.
¿Ya no existe más tierra?

Tras la línea de montes que amuralla
este lugar mezquino,
está el mundo, la vida... la batalla..
¿Hay valla que se oponga á mi camino. ??
¡Vamos al mundo! ¡saltaré la valla!

Mi amor era María:
La formaron los ángeles del cielo
tejiendo rayos de la luz del día,
juntando el nácar que la mar encierra
y amasando las flores más hermosas
de todos los jardines de la tierra.
Su boca sonrosada
tenía para mí constantemente
sonrisas de alborada;
y cuando á impulsos de mi amor ardiente
estrechaba sus manos
y ponía mis besos en su frente,
no sé que misteriosa transparencia
de sus ojos alegres y traviesos
me dejaba mirar en su conciencia

las huellas de mis besos.

Tenía nuestro amor su dulce asilo
bajo los altos árboles espesos
de grata sombra y de rumor tranquilo.
Allí, mil veces, escuché extasiado
su acento apasionado,
y ví en las sombras del paraje obscuro
sus ojos brilladores,
y la estreché con el placer más puro
oliendo aromas y diciendo amores...
Y después, repasando con la idea
los recuerdos más dulces y lejanos,
regresábamos juntos á la aldea
asidos de las manos.

¿Verla y partir después? ¡No hay quien se
¡Evitar su presencia sobre todo!... ¡atreval!..
En una carta le anuncié la nueva,
y la carta decía de este modo:

«Voy á partir; el mundo me reclama
»y al mundo voy á conocer mi suerte.
»Aquí la vida, con tu amor, me llama,
»y allá me espera, sin tu amor, la muerte.
»Yo quisiera vivir sin ambiciones,
»no tener más pasión que tu cariño,
»gozar con él en mi delirio ciego
»y haberme acostumbrado desde niño
»á vivir sin soñar, como el labriego.
»Mas tengo la flaqueza
»de sentir y pensar en mil sandeces,
»y por este motivo muchas veces
»riñen el corazón y la cabeza...
»Quisiera verte, pero te amo tanto
»que temo desistir de mi partida...
»Sirva, pues, como triste despedida

(x) Del poema *Lucha eterna*, que acaba de publicarse.

»esta carta bañada con mi llanto.
 »¡Acuérdate de mí!... Tú eres mi encanto...
 »¿Tengo fiebre?... No sé... Mi pulso late...
 »¡Qué aprisa!... Toma un beso...
 »Yo me voy al combate...
 »Aunque tu amor me llama,
 »yo me alejo sin verte...
 »Adiós, mi bien: el mundo me reclama
 »y al mundo voy á conocer mi suerte.»

Mi padre, un viejecillo
 de trato alegre y natural sencillo,
 un pobre viejo que en mi amor cifrada
 tenía su ventura,
 al escuchar la nueva inesperada,
 me arrojó una mirada
 con la cual me decía su amargura.
 ¡Oh! no fuera su asombro más profundo
 si en aquel punto mismo
 hubiera visto desplomarse el mundo.
 Y hablando entre zozobras y entre pausas,
 como quien trata en la presencia ajena
 de hablar seguro sin mostrar la pena:
 —Pues tú lo quieres, dijo,
 parte ya porabuenta

y vé á buscar lo que ambicionas, hijo.
 Y con el paso lento y perezoso,
 como queriendo retardar la hora,
 el cuerpo tembloroso
 y el gesto de expresión desgarradora,
 me condujo al camino suspirado,
 para verme partir desde el sendero
 muy lejos de su lado.

Iba yo caminando con tristeza,

doblada sobre el pecho la cabeza
 y sumido en profundas reflexiones
 acerca de mis locas ambiciones,
 ó mirando aquel bosque delicioso
 metido en un rincón del paisaje
 donde fui tantas veces venturoso
 gozando de mi amor entre el follaje.
 Ginete, como Sancho, en un pollino,
 dominaba los lejos del camino
 y quería llegar con la mirada
 rasgando el horizonte,
 á la ciudad soñada;
 y después que tornaba con la idea
 á los dulces recuerdos de mi aldea,
 contemplaba á mi padre allá, lejano;
 y á través de mis lágrimas veía,
 cada vez que á mirarle me volvía
 para hacerle una seña con la mano,
 que el llato paternal humedecía
 la noble faz del venerable anciano...

Al llegar á una altura en que el sendero
 se escondía detrás de una montaña
 buscando el laberinto de la sierra,
 movido á impulsos de ternura extraña,
 me volví á contemplar mi pobre tierra;
 y en dos lejanos puntos,
 que yo en el corazón sentí muy juntos,
 vi una niña gentil que saludaba
 agitando el pañuelo,
 y un viejo que lloraba
 postrado de rodillas en el suelo!

RAMÓN TRILLES.

EL OLVIDO

Supongan ustedes que no existiera el olvido; que una vez realizado un acontecimiento, no se apartara su recuerdo de nuestra memoria; que en ella se conservasen, fijos é indelebles, la pérdida de la persona querida, de la fortuna, del bienestar, el presentimiento de un suceso desfavorable, el temor de la ruína, del descrédito, de la deshonra ó de la muerte de un sér adorado; supongamos esto y no habría medio de vivir, ni sería posible la existencia sin perder la vergüenza, ó lo que es más, el sentido común.

Las grandes pasiones, como las pequeñas, nos excitan, bullen en nuestro espíritu, le agitan y se logra su satisfacción ó se olvida, generalmente hablando.

Hago excepción de los locos y de los suicidas. Para esos no existe el olvido; y ya vemos las consecuencias: la enajenación ó la muerte.

Basta de filosofía, y apuesto hasta un duro, cantidad inverosímil en los tiempos que corren, y que puede hacerme pasar por capitalista, á que la mayor parte de mis lectores ó lectoras, han tenido amores ó los tienen ó los tendrán; los primeros me darán la razón, y no hallarán nada inverosímil en la correspondencia inédita que voy á trascribir; los segundos

dudarán, pero sin negarme la posibilidad de lo que van á leer; los últimos pueden escarmentar en cabeza ajena, y si dudan, quedan emplazados para cuando llegue el período del olvido.

Solamente hay dos cosas que no se olvidan tan fácilmente, pero que también se olvidan de cuando en cuando: la juventud, cuando llega la ancianidad; y la muerte, cuando han transcurrido ya muchos años de vida.

El amor es nube de verano: descarga ó no; esto es, concluye en bodas ó no. En el primer caso, si no desaparece, se modifica, y apelo al testimonio de la *comunidad*; en el segundo, se olvida por completo.

Hay quien dice que quedan cenizas; pero no tiene en cuenta quien tal asegura, que hay vientos capaces de llevarse hasta el pelo, y que, por consiguiente, no respetan cenizas.

Entre las amarillas hojas de un libro curioso que compré en los Encantes, hallé unas cuantas cartas colocadas como señales en el volumen.

Las reuní todas y hallé una correspondencia completa, sostenida por dos enamorados desde el primer capítulo hasta la terminación de la historia.

Ella, la mujer á quien iban dirigidas, se firmaba Lola, y él Pepe, nombre menos poético y más corriente.

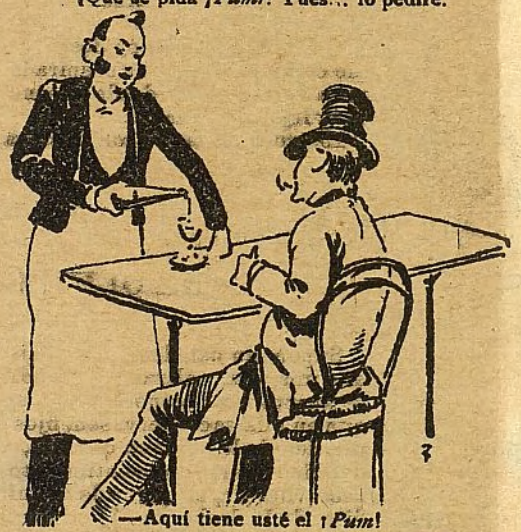


Apunte del natural... que no me parece mal.

LA SEMANA CÓMICA
RÓTULOS, POR CUCHI.
¡PUM!



—Que se pida ¡Pum! Pues... lo pediré.



—Aquí tiene usted el ¡Pum!



—Hombre, yo no llevo un cuarto; pero en la puerta dice: ¡Pum! Pidase... y yo lo he pedido



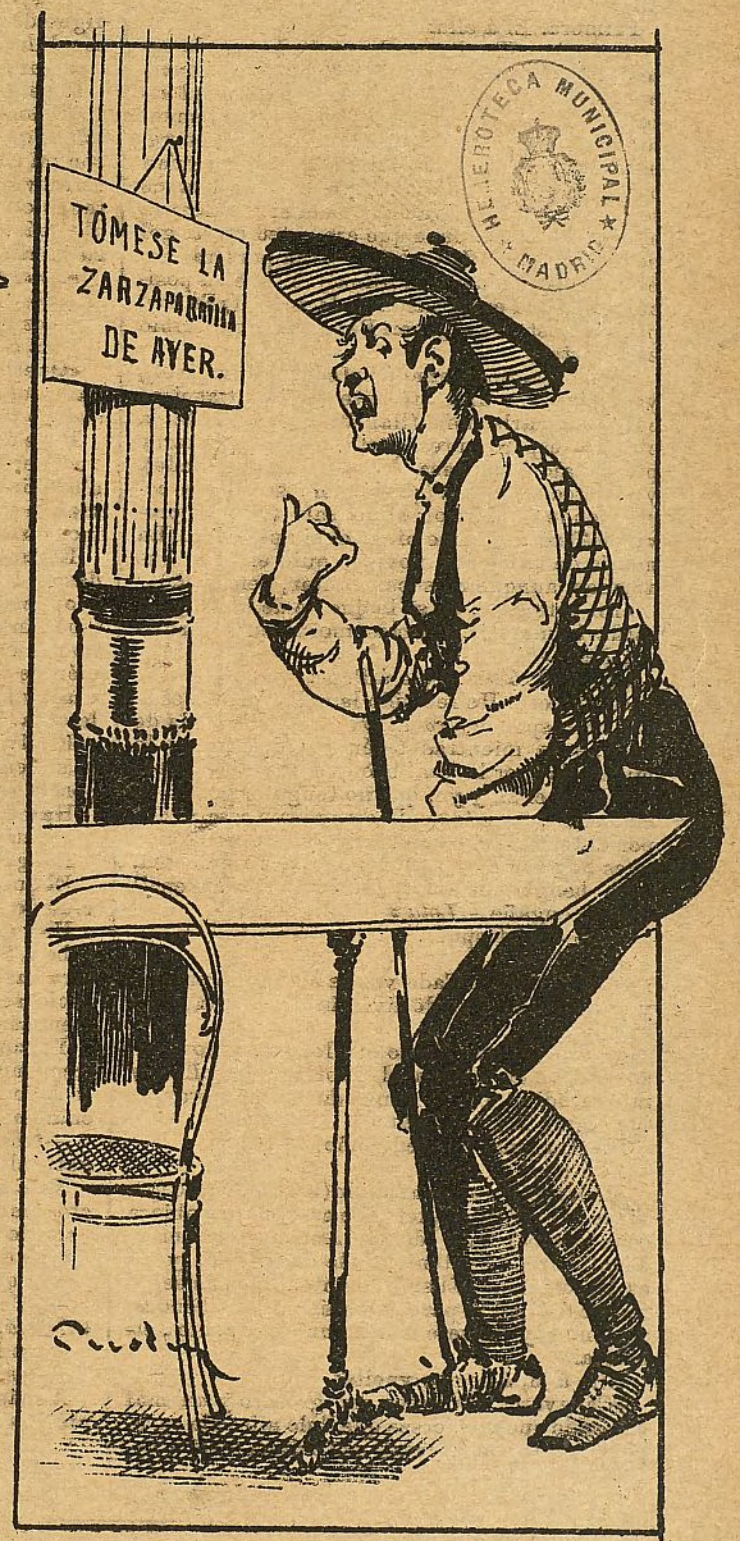
—¡Mozo! ¡Pum!



—Pues me ha gustado; decididamente me ha gustado.



¡¡Pum!!



—¡Anda! ¡de ayer! La de ayer que se la tome el amo. Yo quiero tomarla de hoy!

Las cartas, á las que me he permitido añadir unos entre paréntesis, decían así:

Primera. El á ella:

«Señorita: Ver á usted y *prenderme* de usted (supongamos que quiso decir *prenderme*, porque se conoce que Pepe no *se llevaba bien* con la gramática) todo fué obra de un momento; como la herida que produce la bala es repentina, y la picadura del áspid, etc. (Seguían otras figuras de este vuelo.) Tuve la dicha de seguirla *asta* (¡desgraciada Lola si le alcanza el *asta*!) su casa. Supe que era usted un ángel por la portera. (*Casus belli*. ¡Una portera hablando bien de una inquilina!) Y que su posición de usted es parecida á la mía. (¿En qué posición estaría el joven Pepe cuando escribió esta carta?)

»Señorita, yo la amo á usted (¡allá va eso!); yo aspiro con una ardiente pasión (¡aspirar es!) á llamarla mía (llamándose ya Lola la chica) y espero su respuesta. Pasaré esta tarde por debajo de su casa (por el alcantarillado), y si usted se asoma (¿á dónde?) será que corresponde á mi amor; si no sale (¿de la provincia?) será que me niega el sí apetecido. (La manía de todos los novios: quieren que sus amadas, aunque no sepan cantar, den el sí.)

»En este caso, yo sé lo que he de hacer y no tardaré en morir. (Somos mortales.)—Firmado, *Pepe*.»

Ella á él; ó sea, Lola á Pepe:

«Cabayero: He recibido la sulla (esta *ll* es la que corresponde á *caballero* y aquella *y* la de *suya*; pero mientras estén las dos letras lo mismo da) por la qual beo que me dice usted que le dé el sí: y yo, que no tengo el gusto de conocerle, pues le suplico que paze esta noche por el teatro del Guen Retiro y le digo que sí, pues boy con mama pues no se acerque usted, pero benga detraz. (¡Qué honor para Pepe!) No me engañe. — *Lola*.»

Ocho días después.

El á ella:

«Querida Lola: Cada vez es mayor mi pasión, y te adoro, y no puedo vivir sin tí, etc., etc.»

Ella á él:

«Querido Pepe: Tamo con locura, y no pienso masque en tí y en el Profesor de solfeo y mis estudios. Tengo ganas de cantar para que me oigas. Tulla. — *Lola*.»

Ha transcurrido medio año.

El á ella:

«Lola: Si yo hubiera sabido (*ubiera*, verbo que viene de *uvas*) lo coqueta que eras, nunca hubiera echo (¡echa!) caso de tí. Anoche te ví en el Tivoli con un supteniente de caballería, y ya es demasiado. (¿El subteniente? Pues de seguro que á él no le parece lo mismo.) Me bendes, y yo no soy juguete de ninguna mona, etc., etcétera.»

Ella á él, á corrêo vuelto:

«Cabayero: Es ústêz un grosero y un mal educado que no mereze que lle mire ala cara, pues le rremito (¡arreal!) sus caltas, (*caltas* de-

be ser abreviatura de *calcetas*), y mándeme uzte el pelo, pues ustêes indino de yebarle. (¡Indigno de llevar pelo! ¡Jesús María!) Y emos concluido para siempre. — *Lola*.»

Algunos días después.

Pepe á Lola:

«Señorita: es usted una insolente, y yo no tolero que nadie me falte. ¿Qué ha echo usted con mi retrato, que me le debuelbe negro? ¿Le ha servido de juguete? Pues sepa usted que ya tengo otra que bale más que usted, pero mucho más, y no es una cursi como usted y toda su familia.

»Lo cual que ahí va ese pelo que usted me mandó. — *Pepe*.»

A los pocos meses:

Lola á un joven llamado Luis:

«Querido Luis: Papá te espera esta noche para que le ables; berás como te gusta.» (Un suegro futuro le gusta á cualquiera.)

Pepe á una muchacha:

«Querida mía: Tu padre consiente. Ya te lo abrá dicho y el mes que viene (todos los meses vienen y van) nos casaremos. ¡Qué felices vamos á ser!»

Estas dos últimas cartas no estaban incluidas en la correspondencia que hallé en el libro; pero calculo que estarían redactadas del modo indicado, porque tanto Lola como Pepe, no me eran desconocidos, y tuve la satisfacción de verlos casados, cada cual con su cada cual, y sin acordarse uno de otro para maldita la cosa.

El olvido es un consuelo, triste pero eficaz, y, sin embargo, hay quien se vanagloria de poseer una gran memoria.

Hay diferentes clases de olvido; todas á cual más laudables.

Pongo por caso:

El que se olvida de pagar al casero, y el olvido de las injurias.

Hay quien se olvida de su origen y de lo que debe á la sociedad: estos olvidos pertenecen á otra categoría, y de los olvidadizos de esta especie, se puede decir, no que han perdido la memoria, sino la vergüenza.

Yo conocía á un inglés, que se olvidaba con frecuencia de su nombre, y llevaba siempre á su lado un sirviente, que le decía de cuando en cuando:

—Milord: Williams Spencer, cuarenta años, natural de Londres, soltero, etc.

Esta es una exageración del olvido; pero créanme ustedes que de la memoria se puede decir lo que el baturro aragonés decía á un amigo que se hallaba enfermo de los ojos y temía quedarse ciego:

—¿Y qué *ti* importa, pues, quedarte sin vista? *Miá*, pues, *pa* lo que hay que ver.

Para lo que hay que recordar, más vale en muchas ocasiones no tener memoria.

A más, que el refrán lo dice: «En teniendo piés...»

EDUARDO DE LUSTONÓ.

PASEOS PRIMAVERALES

Para que esté gordo y sano,
me empiezan á aconsejar
que me marche á pasear
por las mañanas temprano,
entre otras muchas razones,
porque son encantadoras
las mañanas, y á esas horas
entra el aire en los pulmones
sin llevar mucho calor,
y como á sudar no obliga,
se pasea sin fatiga
y se respira mejor;

tiene la brisa fragancia,
el ambiente es delicioso
y hay mucho vapor acuoso
y oxígeno en abundancia.

Yo no soy madrugador
y por dormir tengo afán,
y aunque soy un holgazán
de los de marca mayor,
en busca de ambiente sano
conseguí el sueño vencer
y me levanté anteayer
muy temprano, muy temprano.

Me fui á paso de tortuga
por una selva sombría,
para ver si me ponía
fresco como una lechuga.

La mañana estaba hermosa;
¡cuánta luz y cuántas flores!
¡cuántos pájaros cantores!
¡qué brisa tan deliciosa!

Llegué á un espeso follaje
de rocío salpicado,
y cuando estaba sentado
contemplando aquel paisaje
con el mayor embeleso,
escuché cerca de mí
un rumor extraño... así
como rumor de algún beso.

Y lo era efectivamente,
pues vi dos enamorados
que estaban tan abrazados
besándose locamente...

La chica, que no era fea,
decía con voz sonora
al joven:—Bésame ahora
que no hay nadie que nos vea.

Al mirarlos, con horror
me fui alejando de allí
y en vez de fresco sentí
¡un mareo y un calor!..

—¡Demonio, me he fastidia-
exclamé—yo que venía [do—
buscando atmósfera fría
y me encuentro sofocado!

¡Me voy por otro camino!
Lo hice como lo pensé,
y á otro lado me marché
maldiciendo mi destino.

Me iba pasando el mareo,
cuando vi que dos muchachas,
alegres y vivarachas,
en un banco del paseo
se hacían las dos cosquillas,
se reían á cual más
y se echaban hacia atrás
luciéndolas pantorrillas.

El cuadro era encantador
y aunque procuré alejarme,
volvieron á molestarme
el mareo y el calor.

Me fui á casa y al entrar
en el portal, sofocado,
aburrido y fastidiado,
sudando á todo sudar,
vi á una criada imprudente
que al pensar que nadie entra-
á aquellas horas, se hallaba[ba
abrazando á un asistente.

Entonces sudé á raudales
y dije, alzando las manos:
—¡Y aun me dirán que son sa-
los paseos matinales! [nos

J. RODAO.

EL ALCANFOR

Don Nicanor pretendía
con buen fin y mejor modo,
vivir y casarse y todo
con la inocente María.

Quiso, por causa muy obvia,
la madre de la inocente,
deslumbrar al pretendiente
con los trajes de la novia.

—Niña, no tengas rubor,
—dijo:—saca tu sombrero.

Y dijo la niña:—¡Pero
si lo tengo en alcanfor!

—¿Y tu vestido de pita?

—Lo mismo.—¿Y la doble fal-
de raso verde esmeralda? [da

—Está en alcanfor, mamita.

—¿Y tu pañuelo bordado?

—En alcanfor.—¡Qué castigo!

Vaya, pues saca el abrigo.

—También está alcanforado.

Y dijo don Nicanor:

—Tanto alcanfor emborracha

Ya no quiero á la muchacha;

¡guárdela usted en alcanfor!

ADOLFO LLANOS.

LA SOMBRA DE S. E.

AL MAESTRO ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

I

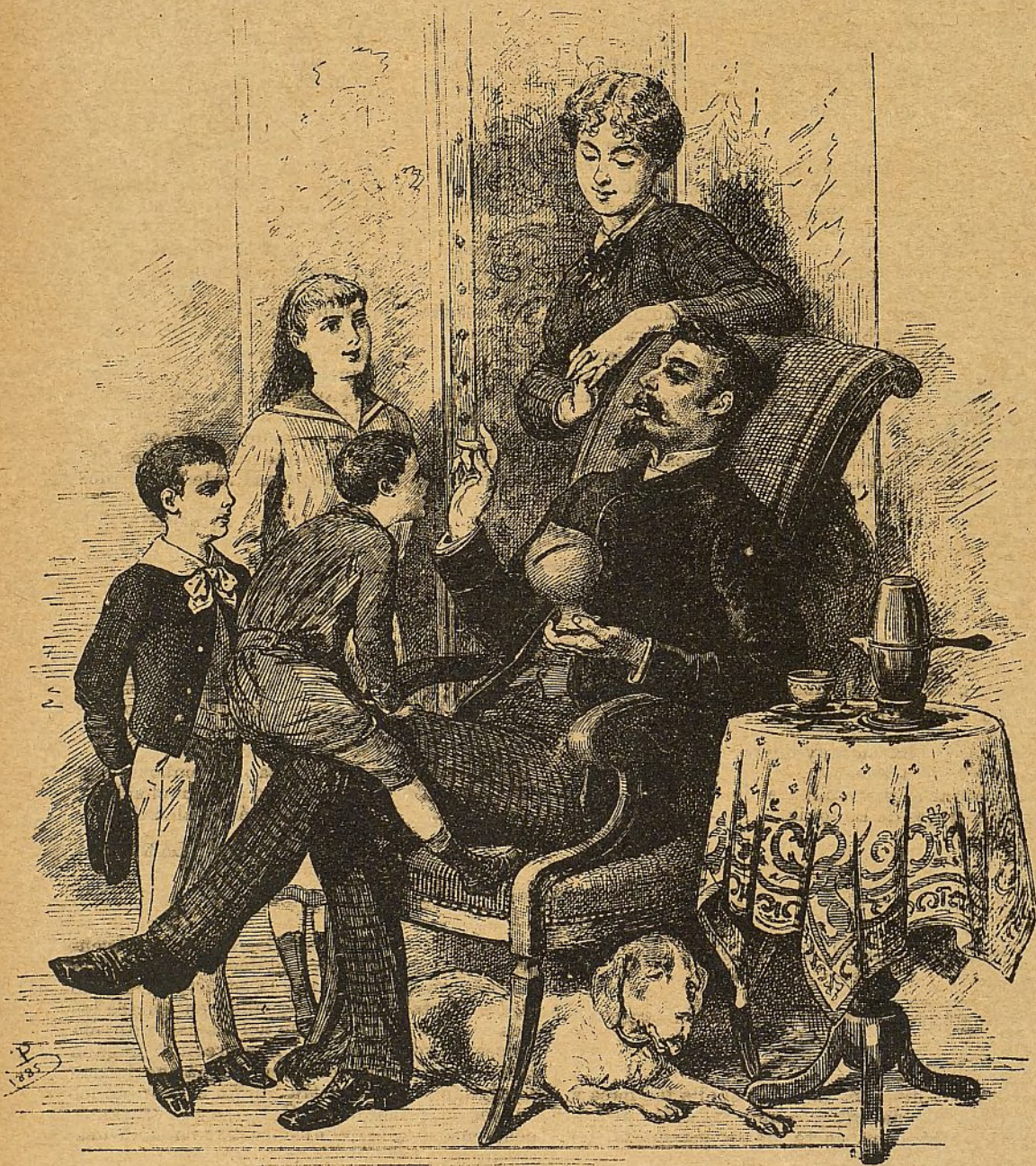
No cabía duda: S. E. veía aquella faz flaca y
aquella menuda figurilla ante sí desde que hu-
bo de recibir una carta de la marquesa del
Sello Real, recomendándole á un sugeto para
un humilísimo empleo.

¿Sería aquel hombre el pretendiente? Allí se
hallaba siempre, de bruces en la balastrada
de la tribuna número 2 del Congreso; si el mi-
nistro iba al Senado, en la tribuna que está

frente al banco de los ministros se le presen-
taba el rostro famélico del desconocido. A ve-
ces, adormecido S. E. por la soporífera voz de
algún diputado ó algún senador, entornaba los
ojos fijándolos en el techo del Parlamento; en-
tonces no veía la faz del hombrecillo: llegaba
á olvidarla. Otras veces, en lo más acalorado
de alguna réplica contra algún orador de los
bancos de la izquierda, S. E. perdía instantá-
neamente el hilo del discurso: acababa de des-
cubrir los ojos rebuscadores, la cara pálida de
su perseguidor. Tuvo que hacer esfuerzos he-
róicos para despreciar aquella aparición; re-
solvio libertarse del hombrecillo husmeador
de credenciales...

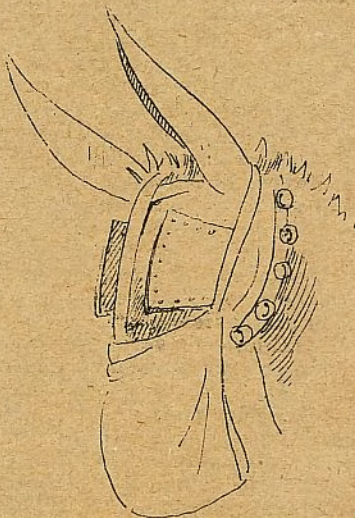
Este era—no cabía duda—algún pretendien-

ESCENAS INTIMAS, POR PLANAS

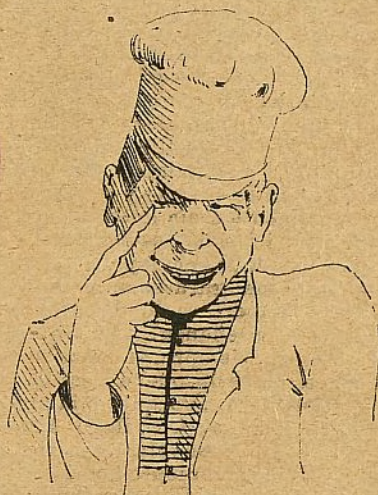


—Pues con lo que hay dentro, quiero... quiero... que me encargues un hermanito a París.
—Bueno; diselo á tu mamá y si ella consiente...
—Pero... ¿hace falta mamá para eso?

VERSOS CÉLEBRES, POR FIGUER.



Nace el ave y con las «alas»
que le dan belleza suma...
(Calderón.)



Nace el pez...
(Calderón.)



Pongo cero... y llevo dos.
(Quevedo)



Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas...
(Zorrilla.)

te... pero ¡qué diablo! estaba S. E. en el caso de atemorizarse ante un miserable pelagatos?

Pero evidentemente aquel hombreillo no era como esos perros escuálidos y hambrientos que á veces en las calles y á las altas horas de la noche suelen pegársele al transeunte y coleando y olfateando le persiguen en demanda de un mendrugo hasta el último rincón de su casa. El hombreillo no dejaba en paz á S. E.; el ministro le hallaba todas las mañanas entre la puerta de su casa y el estribo del carruaje; le hallaba ó creía hallarle en la antesala del ministerio, en el vestíbulo de Palacio, en los portales de las embajadas en que había recepción, al inaugurarse un monumento, al verificarse la apertura de alguna institución de artes ó de enseñanza... En todas partes, á cada momento, siempre, siempre se ofrecía ante sus ojos el misterioso hombreillo.

Misterioso... Porque tenía algo de misterioso, no cabía duda. S. E. llegó á confesarlo; habló del caso á su secretario particular.

—Ese pretendiente no sé quién es; adivina el estado de mi ánimo; el muy ladino, cuando ve mi rostro enojado, muéstreme el suyo grave; si el mío se halla triste, entonces se sonríe dulcemente, como para ofrecerme algún consuelo; si estoy alegre, entonces él me dirige una mirada triste, pedigüeña, verdaderamente conmovedora.

El secretario creyó descubrir entonces que aquel individuo debiera ser el propio cuyo nombre llegaba por todas partes en cuantas cartas y tarjetas, volantes y recomendaciones y notas se recibían desde hacía algún tiempo hasta entonces.

—Tendrá usted que colocarle, —añadió compasivamente el secretario;—ese pretendiente es de aquellos de los cuales decía Quevedo que se agolpaban á la puerta del despacho y se estrechaban hasta sacarse zumo.

—Sí; habremos de colocarle. Ya se verá; ciertamente, debo quitármelo de encima. ¡Pobre diablo!

Sin embargo, ¡pequeñez humana! ¡qué difícil le era al ministro privarse de aquel adorador que desde lo más escondido de una antesala ó en medio del arroyo le contemplaba, sumiso, trémulo de admiración, suplicante y humillado! Por otra parte, ¿cómo era posible que soportase tan largo tiempo de esperanza un hombre careciendo de medios para vivir? De algo viviría; y si no... ¿por qué no luchaba...? ¿por qué no hacía frente á la necesidad con un trabajo cualquiera, en vez de dormirse en ilusoria confianza?

Estoy por decir que los dioses profanos desprecian á sus adoradores.

II

Había sido un acontecimiento tan inesperado como triste... Al fin y al cabo, S. E. era joven, muy joven todavía: apenas contaba cuarenta y un años; podía llamársele «el malogrado ministro.»

Ello fué que su muerte produjo una profun-

da impresión: la parca había operado con carácter oficial, arrebatando la existencia á uno de los más parleros ministros del Gabinete, lo cual trajo consigo una crisis que los periódicos llamaron «la crisis guadaña».

Mas la política no hace al caso en la presente narración. Cumple decir que tras de los caballos empenachados de negro, los cocheros necrófagos de peluquín y con sombrero candileja con moco de borlón de oro, entre los funcionarios de frac, los coches de lujo y los simones, y, en fin, tras del piquete y la muchedumbre del cortejo, iba, cariacontecido al parecer, pero sonriéndose maliciosamente á veces, el pretendiente.

Al cual hubo de ver el secretario de S. E., y movido por un sentimiento de conciencia, se llegó á él.

—¡Ah, señor mío, ya maldecirá usted de su suerte! Pero no maldiga de S. E. El señor ministro no se había olvidado de usted... Sé que el secretario tiene en su poder la credencial deseada. Me consta.

Esto no era cierto; pero el secretario, por un supersticioso temor, quería enmendar la falta cometida por S. E. Y al hablar al pobre pretendiente, miraba con profunda compasión aquella faz lívida que tantas veces había enrojecido la vergüenza, aquella levita borracha de bencina, aquel sombrero de copa bañado en agua de colonia y lustroso como perro mojado. Aquel hombre era sin duda heróico; había perseguido un destino con la constancia y el valor con que Colón buscó el Nuevo Mundo, y Nordenstoolf ha explorado el polo Norte.

—Sí, amigo mío... la credencial que usted pedía puede que esté ya extendida.

—¿Usted lo cree así? —preguntó el pretendiente.

—Casi lo podría jurar.

—Me alegraría saberlo con certeza.

—Naturalmente, —replicó el secretario.

—Sí; para dirigirme á solicitar empleo en otro ministerio.

—¡Ah! Pues no necesitará usted molestarse; me consta que hay persona dispuesta á servirle, y hará que el empleo se cambie por otro.

—¿Cómo! ¡Tengo hasta esta malditísima suerte! Caballero, he pasado la mayor parte de mi vida solicitando destinos: me los daban para dejarme cesante después; felizmente heredé. me casé con una mujer riquísima, y nada necesito... y me divierto en solicitar lo que no me es necesario; apenas pretendo un empleo, hago secretamente lo posible para que se lo den á otro, y yo prosigo... mirando, ora compungida ora terriblemente, á los ministros.... Es mi venganza, me convierto en su pesadilla, soy su mala sombra, vengo aquí para conocer al secretario particular de éste, que es diputado y hombre que tal vez consiga la cartera del que ha muerto...

Un profundo terror se pintó en el rostro del secretario, el cual, temblando ante aquella amenaza, se escabulló como pudo de las garras del pretendiente de afición.

JOSÉ ZAHONERO.

CHIRIGOTAS



Sucedió que en el número pasado publicamos el retrato de Julio Verne; retrato para el cual habíamos nosotros escrito el epígrafe: *Novelistas célebres*.

Pero el hombre propone y Dios dispone... y viene el cajista y lo descompone. Y el cajista que compuso los epígrafes del número pasado, tuvo á bien sustituir el de *Novelistas célebres* por el de *Nuestros novelistas*, que aplicado á un escritor francés... ¡tiene que ver!

Claro es que, una vez advertido el error, lo corregimos. Y corregido quedó en una parte de la edición de provincias.

Pero como esto no tienen obligación de saberlo los demás lectores, suplico á aquellos á quienes haya tocado el chiripazo, que me dispensen por esta vez. ¡Y van ciento!

Y una vez suplicado lo que digo, lloro, medito, me sereno y sigo.

Es decir, que sigo... con lo mismo.

Porque ahora me acuerdo de que *El Noticiero Universal*—que, cuando llega la ocasión, sabe devolver las pullitas... con réditos—me dedicó el viernes pasado un suelto que decía:

«*La Semana Cómica* trata de darnos un palito por publicar un anuncio aludiendo á la salud de Moltke, unos días después de fallecido este ilustre general.

Más disculpable nos parece este descuido de la administración, que la plancha del simpático colega publicando bajo el epígrafe de «*Nuestros Novelistas*» á Julio Verne.

Y váyase lo uno por lo otro.»

Bueno; que vaya.

Pero que conste que el palito aquel no iba dirigido á Vd. Sino al anunciante del «*Bálsamo Fernoline*», ¡que ya me va cargando!

Porque ese buen señor, según asegura en sus anuncios, lleva ya curados á casi todos los personajes de Europa. Y un día al rey Humberto, otro al príncipe de Bismarck y otro al Czar de Rusia, resulta que á estas horas no padecemos dolores más que los pobres mortales rasos.

¡Y eso carga! Porque á lo mejor siente uno que le duele cualquier cosa, y se echa uno á pensar en que no ha nacido príncipe, ni conde, ni Czar de Rusia y en que, *por ende*, no puede tomar el «*Bálsamo Fernoline*»... ¡y se desespera uno!

Como verán Vds, desde esta semana dedicamos la última página de LA SEMANA CÓMICA á lo que racionalmente debe estar dedicada: á anuncios.

Y á anuncios de carácter festivo, que son los de más seguros resultados para el anunciante... y para el periódico anunciador.

Los tiempos andan malos y... ¡qué diablos! la verdad es que sesenta ú ochenta duros al mes no le amargan á nadie.

Lo cual no deja de ser una razón de peso. Y—lo que es mejor todavía—de pesos.

Leo y recorto de un semanario con pretensiones de literario:

«Porque Juanín, el pobre, era ciego, ciego de nacimiento...»

Y treinta ó cuarenta líneas más abajo:

«¡Sí! ¡era cierto! ¡El, Juanín, había recobrado la vista!»

¿Recobrado? ¡Vive el cielo, que, ó yo no entiendo el castellano, ó no es posible recobrar sino lo que ya se ha tenido!

¡Y si el chico era ciego de nacimiento!...

OBRAS RECIBIDAS.—*Un libro funesto (Pequeñeces del P. Coloma)*, por M. Martínez Barrio-nuevo Folleto interesante, en que, con juicio sereno y acertado, desmenuza el autor la ya famosa obra del no menos famoso padre jesuita. Precio: 4 reales.

Lucha eterna, hermoso poema de nuestro colaborador y amigo queridísimo Ramón Trilles. Hace dos semanas tuvimos el gusto de adelantar á Vdes un fragmento de esta obra. Para evitarme alabanzas que podían parecer apasionadas, ofrezco á Vdes. otro fragmento. Y es el mejor elogio. Precio: dos reales.

Un hombre serio, comedia en tres actos y en prosa, original de D. Antonio Sánchez Pérez. Ante el nombre del maestro hay que descubrirse con respeto. De su obra... de su obra hablaremos cuando Mario la estrene aquí, en el Novedades, que la estrenará pronto. Lo que puedo adelantar á Vdes. es que el estilo y el lenguaje, como de Sánchez Pérez, son hermosísimos. Precio: 4 reales.

CORRESPONDENCIA



F. S.—Cadiz.—¡Por Dios! ¿Cuándo se convencerán Vdes. de que esas declaraciones no tienen gracia más que para la interesada?

Pánfilo.—¿Y de que esas caídas finales están mandadas recoger?

A. S.—Santander.—¿Y de que las vecinas que cantan pasaron ya de moda?

Pim-pam-pum.—No; no sirve.

Romagosa.—Ni es a tampeco.

A. C.—Sevilla. Salvo que no se dice *andó*, sino *anduvo*; salvo que no se escribe *tulla*, sino *tuya*; y salvo que la sintaxis y la versificación y la gracia andan para Vd. por las nubes... puede pasar.

B. P.—Gijón.—¡Recontra! ¡qué funebremente triste está usted!

Salero.—Se conoce que se lo ha puesto Vd. todo en el nombre.

Porque lo que es en la poesía... No son publicables (y no pueden Vdes. figurarse cuanto siento que la falta de espacio me impida decir por qué) las composiciones ó dibujos, con cuya remisión nos han honrado los Sres. A. B. don Ato, B. L., Lampiño, y Chirivitas, (Madrid).—M. G., Manzani, K. M. S., Niño Nuño, F. C. Cefiro Blundo. (Barcelona).—B. E. Zaragoza.—Belis.—Un lector.—Dos tranquils... Chismito.—T. F. C. Vigo y A. C. Valencia

Imp. de Calzadía, Arco Teatro, 9, pasaje.

——* ANUNCIOS *—*—*

LA BOTIGA-FONDA

(Boquería, 37 y 39)

ó

LOS AMORES DE MATILDE



Matilde estaba aquella noche hermosa como nunca.

Indolentemente reclinada sobre el sofá, con los soñadores ojos medio entornados, luciendo al cuello un hermoso pañuelo de seda de los que aquí vendemos á 4 reales, y pensando en lo amargo, en lo amarguísimo de su situación, rato hacía que se hallaba sumida en hondas meditaciones.

A sus pies y sobre una hermosa alfombra de moqueta (12 reales, clase inmejorable) hallábase la carta aquella, causa y origen de sus actuales tristezas.

Porque Matilde estaba triste. De cuando en cuando, de sus hermosos ojos brotaba una lágrima, que ella se apresuraba á enjugar con un pañuelo de hilo, que de ser comprado aquí le hubiera costado 4 reales. De rato en rato, sollozos convulsivos desgarraban su pecho.

De repente se levantó. Acercóse lentamente á una mesa (cuyo tapete, tamaño grande, era, por cierto, de los que aquí vendemos á 10 reales) y sentándose ante ella, dispúsose á escribir.

¿Qué le diría? ¿Contestaría á aquella carta infame, devolviendo injuria por injuria, ofensa por ofensa? ¿O consentiría que su honor, que era puro, puro como el lienzo de hilo que aquí se vende á 3 reales, quedase manchado por las calumnias de aquel miserable?

[Arduo era el problema y de difícil resolución]

De pronto un ligero ruido vino á sacarla de su meditación. Una de las puertas del cuarto acababa de abrirse y en el umbral apareció, imponente y severa, la figura de un hombre.

Matilde, al verle, lanzó un grito y en su faz, que se tornó horriblemente pálida, dibujóse una expresión de angustia indefinible.

—¡Vos! dijo.

Y cayendo de rodillas, extendió hacia él las manos en actitud suplicante.

¿Quién era aquel hombre? ¿Qué buscaba allí á aquellas horas? ¿Por qué, al verle, se inmutaba Matilde de aquella manera?

Vamos á saberlo.

(Se continuará... si nos pagan el anuncio)

QUINA MOMO

El más agradable é higiénico de los licores.

Pídase en los Cafes y Ultramarinos.

Destilador é inventor

JOSE TORRES

Carretera de Mataró número 104

SAN MARTIN DE PROVENSALES



(La solución en el número próximo)



—¿Ha visto Vd. qué hermosa luna hace, D. Policarpo?

—Calle Vd. hombre: para lunas hermosas y bien azogadas, las que salen de la tienda **AL BRUCH, Puertaerrisa, 10 y Petritxol, 17.**

MARCOS DORADOS,

Cromos, Estampas, y transparentes
todo de clase superior y barato.

LA CALENTURA



—A juzgar por el pulso y el semblante, ahora está Vd. mejor.—Así lo creo. Justamente, doctor, en este instante se va la calentura.—¡Va lo, va!



—¿Nos casaremos?—Sí, Aurora

—¿Pondrás casa?—Sí, mi bien

—Pues compra los muebles en

la casa **LA AMUEBLADORA.**

VERÓNICA, 2.

(junto al Casino Mercantil).



Compadezco á los salvajes, no porque adoren al Sol. ¡Porque no se encargan trajes en **EL LEON ESPAÑOL!**

Rambla de Santa Mónica, 8

LA SEMANA COMICA

Periódico literario, festivo, ilustrado.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. Trimestre. 1'50 pts.
Fuera. Semestre. 5

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLAZA DE LA UNIVERSIDAD, 5

BARCELONA.

Despacho todos los días laborables de 2 á 4 tarde